

Las antípodas del sistema capitalista: trabajo y capital

Os antípodas do sistema capitalista: trabalho e capital

The antipodes of the capitalist system: labor and capital

*Adrián Sotelo Valencia**

Resumen

Es preciso hacer un esfuerzo para comprender que si bien en el curso de la segunda mitad del siglo XX y en lo que va del presente siglo se han registrado grandes transformaciones –algunas de ellas espectaculares, como la desintegración de la Unión Soviética, la destrucción de las Torres Gemelas o la actual crisis económica que sacude al mundo–, debemos ser cautos y evaluar si éstas han alterado la esencia del sistema capitalista o sólo su forma, con lo que más bien se habrían reafirmado sus leyes básicas, en particular las del mundo del trabajo. Nosotros nos inclinamos por esta última apreciación, puesto que hoy el metabolismo social del capital es enteramente universal.

Palabras clave: trabajo, centralidad, valor, lucha obrera.

Resumo

É preciso fazer um esforço para entender que no decorrer da segunda metade do século XX e do presente século se têm registrado grandes transformações –algunas delas espetaculares, como a desintegração da União Soviética, a destruição das Torres Gêmeas ou a atual crise econômica que sacode o mundo–, devemos ser cautelosos e avaliar se têm alterado a essência do sistema capitalista ou somente sua forma, com o que havia reafirmado suas leis básicas, em particular as do mundo do trabalho. Nós inclinamo-nos por esta última apreciação, pois hoje o metabolismo social do capital é inteiramente universal.

Palavras chave: trabalho, centralidade, valor, lutas sociais.

Abstract

An effort must be made to understand the major transformations taking place during the course of the second half of the 20th and present Century –the fall of the Soviet Union, September 11, and the current global economic crisis. We must be cautious and assess whether these events have altered the essence of the capitalist system or perhaps have bolstered its basic laws, in particular those of the working world. We support the latter case, because today the social metabolism of the capitalist system is entirely universal.

Keywords: labor, centrality, value, social struggles.

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Profesor del Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. E-mail: <sotlova@gmail.com>.

Las metamorfosis y la centralidad del trabajo en el capitalismo contemporáneo

La concepción del trabajo como categoría ontológica, histórica y social, y el lugar que ocupa en la sociedad capitalista, marcan la diferencia *esencial* del pensamiento de Marx y Engels con respecto a todas las otras corrientes filosóficas anteriores, desde Aristóteles hasta Hegel y posteriores, como las modernas vertientes del positivismo, del estructuralismo y el posmodernismo contemporáneos (Sotelo Valencia, 2010).

De acuerdo con Lukács, esa diferencia radica en que Marx concibe toda teleología como praxis humana encaminada a un fin; en función del trabajo en tanto soporte de la realidad material y no fuera de él (2004:67).

Las otras corrientes, las que ven al trabajo en general como un simple “factor de producción” entre tantos otros, o como “factor accesorio”, en decadencia, o las que francamente lo subordinan a otras categorías como la técnica, la ciencia o el empleo (escuela evolucionista), desafortunadamente están muy arraigadas en la sociología, la economía y la antropología, para las que fenómenos como la explotación de la fuerza de trabajo, la propiedad privada de los medios de producción y de consumo, y la expropiación-pauperización del fondo de consumo de la fuerza de trabajo y de las naciones (lo que David Harvey, 2003:111 y ss. denomina *acumulación por desposesión*), parecen ser una ilusión óptica de quienes se niegan a reconocer las “bondades y beneficios” de una globalización a ultranza.

En efecto, una serie de autores de diversas corrientes de pensamiento, que calificamos de teóricos del fin del trabajo (véanse, por ejemplo, Bell, Habermas, Meda, Offe), se caracterizan por el hecho de negar que el fundamento ontológico del sistema capitalista sea –y siga siendo– el trabajo (abstracto), mientras que le atribuyen esa cualidad a otras categorías, como el conocimiento, la técnica, la cultura o la ciencia. Además, es un error suponer que el capitalismo posea un mecanismo intrínseco *propio*, como se infiere de dichas teorías del fin del trabajo que, ante la inminente necesidad de la eliminación *total* del trabajo en tanto sujeto productivo, debida a la dinámica de la acumulación, impida que el capital se lesione asimismo, es decir, evite su autodestrucción. Marx comprendió a la perfección este fenómeno contradictorio en sus obras fundamentales (en los *Grundrisse* y *El capital*) al explicitar que, siendo el “valor de uso” de la fuerza de trabajo una parte constitutiva del capital –que provee el plusvalor y lo valoriza–, al prescindirse del obrero, de su fuerza útil de trabajo, lo que se hace es reducir el plusvalor y, en el largo plazo, castigar irremediabilmente la tasa de ganancia. Ciertamente que, como resultado de este movimiento, aumentan la composición orgánica del capital (capital constante –máquinas, herramientas–

sobre el capital variable –fuerza de trabajo) y el volumen de la riqueza (valores de uso), pero al mismo tiempo disminuye el valor unitario de las mercancías, lo que termina por deprimir, en el largo plazo, la tasa de ganancia. Como plantea Ricardo Antunes al advertir esa contradicción: “...una cosa es tener la necesidad imperiosa de reducir la dimensión variable del capital y la consecuente necesidad de expandir su parte constante; y otra muy diferente es imaginar que eliminando el trabajo vivo el capital pueda continuar reproduciéndose” (2005: 110).

El hecho de no dilucidar esa diferencia entre lo que significa la supresión de empleos y los “ahorros” que el capital realiza en fuerza de trabajo (o capital variable), es la fuente de todas las confusiones de los teóricos del fin del trabajo señalados, con relación a la presunta pérdida de centralidad del trabajo en tanto categoría ontológica. En efecto, al respecto Giovanni Alves indica que:

La ‘supresión’ tendencial, y nunca realizable en la lógica de la valorización, del “trabajo vivo”, no anula la centralidad ontológica de la categoría trabajo, esto es, la centralidad de la significación ‘trabajo’ (como sostienen Gorz, 2005; Habermas, 1990; Offe, 1992), puesto que lo que tiende a emerger, de nuevo, es sólo el sujeto capital en cuanto trabajo muerto. En este caso, el trabajo tiende a surgir, con la emergencia del sujeto capital, como presupuesto negado, en el sentido lógico (ontológico), esto es, como trabajo extrañado, dilatado y universal (2011:26).

Si bien es cierto que es una “tendencia del capital la de volver superfluo (relativamente) el trabajo humano, la de empujarlo como trabajo humano hasta límites desmesurados” (Marx, 1980:350, vol. I), también lo es el hecho de que sin trabajo, sin fuerza de trabajo (cualquiera que sea la forma que asuma) cesa la producción de valor, de plusvalor, y el sistema entonces se precipita a la crisis y en el largo plazo al derrumbe, tal y como plantea Marx, por ejemplo, en el capítulo XXIII del vol. I de *El capital* (2000) y en la Sección 3 del vol. III (2000).

Contrariando las tesis de los autores del fin del trabajo, Ernest Mandel expresa que:

En el pensamiento de Marx, el capitalismo no se define, de ninguna manera, por la sola apropiación privada del plusvalor (...) La teoría marxista del capital define el capitalismo a través de la transformación de los medios de producción en capital y de la fuerza de trabajo en mercancía, es decir, a través de la generalización de la producción mercantil (1972:109).

En efecto, es la producción de mercancías a través de la explotación de la fuerza de trabajo la que explica la lógica del capital, y no presuntas fuerzas “autónomas” como la ciencia, la tecnología o el mercado, las cuales, más bien, dependen de la inversión, de la acumulación, de la tasa de ganancia y de las políticas concretas que adopta y pone en práctica el Estado. Los sistemas automatizados inteligentes, la tecnología,

las máquinas son, *en sí*, trabajo muerto, el que es producto, al mismo tiempo, de un trabajo complejo, manual y cognoscitivo, pretérito, desplegado por la fuerza de trabajo del obrero productivo. La apropiación de las actividades *intelectuales* del trabajo por parte del capital, que proviene de la introducción de maquinaria automatizada e informatizada, aliada a la intensificación del ritmo del proceso de trabajo, configuran un cuadro extremadamente positivo para el capital que resulta de la interacción de la ciencia y la técnica con la fuerza de trabajo (Antunes, 2005:43), y que redundará en un aumento de la tasa de rentabilidad del capital.

En efecto, en esta recuperación que se da mediante el incremento de la explotación, la reducción salarial, el abaratamiento del capital constante, el aumento del desempleo, la ampliación del comercio exterior y del capital accionario (Sotelo Valencia, 2010 y 2012), desempeña un papel fundamental el aumento de la productividad del trabajo a través de una articulación virtuosa entre ciencia, tecnología y fuerza de trabajo. Como plantea Antunes:

Ontológicamente prisionera del suelo material estructurado por el capital, la ciencia no podría transformarse en su *principal fuerza productiva*. Ésta *interactúa* con el trabajo, con la necesidad preponderante de participar del proceso de valorización del capital, *no se sobrepone al valor, sino que es parte intrínseca de su mecanismo* (2003:16).

Ciencia y valor se interrelacionan a través de la actividad del trabajo, y es éste el que delimita y potencia sus resultados, trasladados y expresados en la dinámica del incremento de la productividad. Subordinada a la lógica y a los intereses del capital y a sus rentables laboratorios de investigación, experimentación y desarrollo –que generalmente están al servicio de la producción de mercancías de todo tipo–, la ciencia, que Marx concibe como la “forma más sólida de la riqueza (...) bajo la que se manifiesta el desarrollo de las fuerzas productivas humanas” (1980:32, vol. II), constituye una poderosa palanca de explotación del trabajo y, por ende, de reproducción del capital en escala ampliada, a costa del desplazamiento de la fuerza de trabajo y la generación de un desempleo estructural en la sociedad. Pero, insistamos, ese proceso de desplazamiento y reducción del trabajo vivo por la automatización del proceso de producción, que Antunes denomina de *liofilización organizacional* (2005:233-234), no implica de ninguna manera la paulatina extinción de la fuerza de trabajo en cuanto productora de valor y de plusvalor. Este desplazamiento de fuerza de trabajo por la dinámica reproductiva del modo de producción capitalista fue percibido por Marx: “El principio desarrollado del capital es precisamente volver superflua la destreza particular y volver superfluo el trabajo manual, el trabajo corporal directo tanto en calidad de trabajo habilidoso como en calidad de esfuerzo muscular” (1980:89, vol. II). Porque de cualquier forma esa doble transformación material que identificamos más arriba (conversión de los medios de producción en capital y de

la fuerza de trabajo en mercancía) es realizada directa y exclusivamente por la fuerza de trabajo (con o sin intervención de tecnología a través del proceso de explotación que sobre ella ejerce el capital). Una de las razones de que esto ocurra es sencillamente que: “La sociedad burguesa del siglo XXI es una sociedad del capital. Lo que predomina es el modo de producción de mercancías basado en la extracción de plusvalor a través de la explotación de la fuerza de trabajo como *trabajador colectivo integrado en red*” (Alves, 2007:91). En este sentido, podemos suponer que la sociedad actual es una sociedad mundial del capital, en la que los residuos de sociedades precapitalistas de diverso tipo, sin embargo, permanecen subordinados a él y a sus procesos de producción de mercancías.

Siendo una sociedad mundial dominada por la lógica del capital, lo que nos interesa señalar es que por más fuerte que sea el peso de las máquinas y de la tecnología en los procesos productivos, ningún otro elemento (la tierra, la tecnología, la ciencia, la maquinaria, la informática, el dinero) sin el concurso de la fuerza de trabajo (individual o colectiva) puede crear valor, nuevo valor, y valorizar al mismo tiempo el capital invertido en medios de producción y en fuerza de trabajo. La economía neoclásica llegó a plantear lo contrario: uno de sus representantes, Alfred Marshall (2005), sostenía que, al lado de los “factores de la producción” (tierra, capital, trabajo), la “organización industrial” también “crea” valor, pero dicha organización, más allá de “crear” valor, lo que hace es potenciarlo, organizarlo, distribuirlo y, en el mejor de los casos, aumentar la productividad del trabajo, lo que se expresa en la creación de más mercancías, pero no de más valor, en el sentido que Marx le da a ese término. Por lo tanto, sin trabajo humano, sin fuerza de trabajo, no puede haber vida posible: humana, animal o energética en el sistema social, independientemente de la forma que ésta asuma: asalariada o no asalariada, productiva o improductiva, formal o informal, integral o no integral, material o inmaterial, masculina o femenina, con derechos o sin derechos, envuelta en estatutos organizacionales fordistas o tayloristas, en la reingeniería, el toyotismo o en la automatización flexible (Harvey, 2004), entendida esta última en el sentido que le da Giovanni Alves, como una nueva ofensiva del capital para construir un nuevo control sociometabólico que ajuste a la fuerza de trabajo a su crisis tanto estructural como de sobreacumulación de capital (2011:8-9).

Del mismo modo, sin fuerza de trabajo resulta imposible la conversión del capital dinerario en capital productivo y en capital mercantil, y a éste, por medio de su realización en la esfera de la circulación (intercambio y consumo), en nuevo capital dinerario que acreciente la acumulación de capital cuando nuevamente intervenga en el proceso de trabajo, para crear el nuevo valor (equivalente al salario) y valorizar el capital y producir plusvalor (Marini, 1979:37-55; Marx, 1980, Sección 3, capítulo v).

La ideología del fin del trabajo y el problema de su centralidad

Existe una diferencia entre la fuerza de trabajo y el capital de *no* trabajo (máquinas, herramientas, edificios, tecnología, etcétera) que se pone de relieve en cuanto el capital. Por ejemplo, aquél que se invierte en acciones en los mercados de valores o en los bancos (que Marx en el vol. III de *El capital* denomina *ficticio*) se apropia de masas crecientes de valor, pero no genera nuevo valor y plusvalía. Los representantes del capital financiero consideran que, con el auxilio de la telemática y de la electrónica, la “valorización” de las acciones resulta de la competencia intercapitalista que, entre otros efectos, produce la famosa “destrucción creativa” (como dice Shumpeter, 1971); y no de la simple especulación que utiliza todos los medios disponibles, lícitos e ilícitos, para obtener un buen resultado (renta-beneficio) y llevar a buen puerto a las empresas. Allí, desde los orígenes del capitalismo, los más fuertes vencen a los más débiles mediante prácticas monopolistas y proteccionistas, y con el apoyo del Estado capitalista garantizan altísimas tasas de rentabilidad a costa de los trabajadores asalariados (urbanos y rurales), de los pequeños y medianos empresarios y artesanos, y, por supuesto, de la mayoría de la población que no tiene recursos ni acceso a esos mercados especulativos, mucho menos, a sus beneficios. Es decir, a costa de la clase obrera que produce y reproduce el valor, el plusvalor y la riqueza social que va a parar a manos de esos grandes especuladores para reiniciar un nuevo ciclo de desarrollo del capital especulativo. Esto demuestra que en la sociedad opera eficazmente la centralidad del trabajo y que se expresa a través de las luchas de los trabajadores contra el capital y el Estado.

En el siglo XX, la historia de estas luchas se expresa tanto en los intentos revolucionarios del trabajo social global (urbano y rural) por abolir el régimen de explotación, propiedad y apropiación privadas de los medios de producción y de consumo (Revolución Bolchevique de 1905-1917, Revolución Mexicana de 1910-1917, Revolución China de 1949, Revolución Cubana de 1959, Revolución Nicaragüense de 1979, Revolución Zapatista de 1994-2010), como en las tentativas del capital y del Estado (liberalismo, WelfareState-keynesianismo-fordismo, Consenso de Washington-neoliberalismo) de fortificar, en los planos económico, social, político, ideológico (a través de los medios de comunicación) y militar, el sacrosanto régimen de la llamada “economía de mercado” con el fin de imponer su férrea lógica y sus políticas a la clase obrera y al conjunto de la sociedad.

Los efectos de estas políticas de corte neoliberal se expresan en el aumento del desempleo en todo el mundo, pero particularmente en Estados Unidos. Por ejemplo, de acuerdo con cifras del Departamento del Trabajo de Estados Unidos, en noviembre de 2008 la economía de ese país experimentó una pérdida neta de 533 mil puestos de trabajo y su tasa de desempleo se elevó a 6.7 por ciento. Después de haber perdido 320 mil puestos sólo en octubre, en noviembre la pérdida fue de otros

330 mil. De esta forma, entre enero y noviembre de 2008, según ese organismo gubernamental, Estados Unidos perdió un total de un millón 910 mil puestos de trabajo (*El Universal on line*, 5 de diciembre de 2008b, c, d), y ya entonces proyectaba que la tasa de desempleo iba a alcanzar entre ocho y nueve por ciento para 2009, sobre todo por la recesión y debido a las dificultades de la industria norteamericana, particularmente en la industria automotriz, que tiene estrechos encadenamientos productivos y de empleo con el resto de la economía.

En general, se puede señalar que desde la crisis estructural y financiera de 2008-2009 hasta prácticamente la actualidad, el desempleo ha ascendido de manera vertiginosa, confirmándose una tesis central de Marini respecto a que a partir de la década de los ochenta del siglo pasado (que corresponde a lo que se denomina globalización) el crecimiento económico ha dejado de corresponderse con el crecimiento del empleo. Así,

Es particularmente notable el hecho de que, en las nuevas condiciones, el crecimiento económico ha dejado de corresponder a la ampliación del empleo. Es así como, tras ostentar de modo estable tasas de desempleo equivalentes a 4% de la fuerza de trabajo hasta 1973, éstas se han elevado rápidamente en los 24 países más industrializados y, según la OCDE, alcanzan su punto máximo en 1983 (8%), afectando a 31 millones de personas, pese a que se había superado ya la recesión de principios de esa década; declinan gradualmente en los años siguientes, pero el desempleo era todavía de cerca de 6% en 1990, para retomar luego su línea ascendente (1996:55).

Luego de retomar esa línea ascendente del desempleo en la década de los noventa que menciona Marini, en la actualidad se confirma dicha tendencia al aumento del desempleo. Es así como en agosto de 2013, en los países de la OCDE, el desempleo alcanza, en promedio, 7.9 por ciento de la fuerza de trabajo (OCDE, s/f), en la Unión Europea, 10.9 por ciento (según *Eurostat*, 2012) y, por último, en la Zona Euro, 12.3 por ciento en el mismo año (FMI, 2013).

Una consecuencia importante de la crisis y la reestructuración del capital que se originó desde la década de los ochenta es que el régimen de acumulación flexible (o toyotismo) profundizó el debilitamiento del mundo del trabajo, “promoviendo alteraciones importantes en la objetividad (y subjetividad) de la clase de los trabajadores asalariados” (Alves, 2011). Entre las alteraciones objetivas destacan, en términos generales, el desempleo masivo de la fuerza de trabajo, el deterioro de las condiciones laborales y la pérdida de prestaciones, y entre las subjetivas, la imposición de regímenes gerenciales de organización en la dinámica y funcionamiento de los equipos de trabajo y en los círculos de control de calidad (CCC) que, en esencia, son verdaderos mecanismos de control gerencial del proceso y de la fuerza de trabajo (Sotelo Valencia, 2007).

La lucha del capital y del Estado contra el trabajo y sus organizaciones de clase (sindicatos, partidos, asociaciones, cooperativas) siempre ha sido un objetivo estratégico (desde la primera revolución industrial), teorizado por los ideólogos más conspicuos y pro-empresariales, como el austriaco Friedrich von Hayek (1899-1992), quien fue galardonado con el premio Nobel de Economía en 1974, y para quien el poder de los sindicatos “explicaba” el debilitamiento y desgracia del capitalismo (2005), y no así las contradicciones inherentes de este sistema y sus políticas cíclicas y contracíclicas, las más de las veces puestas en práctica por el Estado. Con un individualismo exacerbado, para este autor (*Ibid.*) los sindicatos y su organización no tienen ninguna razón de existir, ya que es suficiente el “mercado”, es decir, los intereses empresariales e industriales, para conducir “naturalmente” el proceso “normal” de desarrollo. Hayek pregona la necesidad de que el Estado suprimiera el “derecho al trabajo” en cualquier industria, por lo que los sindicatos no tenían razón de existir ni, por ende, de actuar sobre el mercado laboral, so pena de paralizarlo: “Lo que siempre paraliza más el juego de las fuerzas espontáneas del mercado es la proliferación de agrupaciones, de asociaciones y de uniones sindicales que aparecen en todos los sectores profesionales. Su medio de acción consiste en la presión ejercida sobre el poder político para lograr que éste se encargue de la ‘regulación’ del mercado a su favor” (*Ibid.*).

El mismo creador del toyotismo, el ingeniero de la fábrica japonesa de automóviles Toyota, Taiichi Onho, consideraba que el sindicato era “algo externo” a la empresa, y que ésta debería enfrentarlo con todas sus fuerzas mediante la creación de su propio sindicato de empresa, porque consideraba que la lucha obrera fue de hecho la responsable de la desintegración del sistema fordista en Estados Unidos (Dal Rosso, 2008:65).

Para los neoclásicos que sustentan sus teorías en los mercados, el mejor de los mundos posibles es la esclavitud de la fuerza de trabajo para la producción ilimitada de plusvalor en escala siempre progresiva. Hacer lo contrario es sumir al sistema y a la sociedad en lo que sociólogos funcionalistas, basados en la teoría de la acción social, como Émile Durkheim o Talcott Parsons denominan “anomia”, es decir, en el proceso patológico que amenaza severamente a la “normalidad funcional”. Hoy estas políticas son implementadas abiertamente por las clases patronales de todo el mundo con el apoyo del Estado a través de sus instituciones y de sus aparatos de represión e ideológicos, y persisten en su propósito de mermar las bases materiales y políticas de las organizaciones sindicales (principalmente de las independientes y críticas del sistema) para avanzar en la institucionalización y atomización de los movimientos populares y obreros; someterlos y hacerlos más maleables a su dominación.

Sin esta imbricación teórica e histórica del Estado con el mercado no se entiende la dinámica de reproducción del capital, porque la extracción de plusvalor, vital para el

sistema capitalista, no se produce solamente mediante la acción *directa* de la explotación del trabajo por el capital sino, *además*, por la interferencia directa o indirecta del Estado a través, por ejemplo, de subsidios, ayudas directas, el gasto público o las políticas monetarias. Lo anterior cristaliza a través de reglamentos, leyes, contratos, convenios, instituciones y, en última instancia, mediante la represión contra los movimientos que se oponen a las políticas neoliberales.

Las reformas neoliberales del Estado y las modernas legislaciones laborales en todas partes dan cuenta de este fenómeno económico y sociolaboral que adecua el mundo del trabajo a las iniciativas e intereses del capital, por ejemplo flexibilizando y precarizando las condiciones de trabajo. Por lo tanto, no es la “mano invisible” (Adam Smith), la “astucia de la Razón” (Hegel), la “voluntad pesimista” (Schopenhauer), la “fuerza del superhombre” (Nietzsche), ni tampoco un ficticio mercado el “motor” del desarrollo capitalista contemporáneo. Más bien, como dice Mészáros (2001:69), históricamente ese papel le corresponde al Estado, porque “...el principio estructurador del Estado moderno, en todas sus formas –incluidas las variedades poscapitalistas– es su papel vital en el aseguramiento y resguardo de las condiciones generales de la extracción de plusvalor” (*Ibid.*:70); para lo que se requiere, como dijimos, del control y de la atomización de la clase obrera y de sus organizaciones. Consideramos que ésta es una necesidad del sistema de producción de valor y de plusvalor (acumulación de capital y formación de la tasa de ganancia), por lo que no se puede plantear, de ninguna manera, que se haya llegado a un estadio de estabilidad, sin convulsiones, ni crisis, ni contradicciones, o sea, a una “nueva Economía”, como la denominaron los ideólogos norteamericanos (Mandel, 1996), haciéndola coincidir mañosamente con un presunto “fin de la historia” en la década de los noventa y con una ficticia “globalización democrática” sancionada ideológicamente por la emergencia del “pensamiento único”, sustentado en el ambiguo concepto de “democracia” (por ejemplo, Fukuyama, 2004), como si fuera un “paradigma teleológico” y sin contradicciones.

Por el contrario, las dos últimas décadas del siglo pasado testificaron nuevas e intensas convulsiones y crisis del sistema capitalista y del imperialismo signadas por la reestructuración productiva, comercial y financiera, y la implementación de nuevos dispositivos de valorización y explotación del trabajo por el capital, articulados en el sistema toyotista y en la automatización flexible. Estos procesos, de acuerdo con Marini (1996:65 y ss.), están haciendo que la superexplotación de la fuerza de trabajo se vuelva prácticamente una categoría universal, necesaria para contrarrestar la crisis y, al mismo tiempo, garantizar la reproducción del sistema del modo de producción capitalista global (Sotelo Valencia, 2007 y 2012).

En la lucha contra el capital que libra el proletariado se interponen los intereses mediadores políticos, sindicales e ideológicos de socialdemócratas y reformistas

(izquierda parlamentaria, centro izquierda e “izquierda neoliberal”), para que al mismo tiempo que se mantengan y reproduzcan las variables y los fundamentos histórico-estructurales y ontológicos del régimen capitalista de producción (neoliberalismo, neo-estructuralismo, imperialismo o “imperio”), intentar (¿mediante la tercera vía que plantea, por ejemplo Giddens?, 1999 y 2001) superar algunas de sus “deformaciones” (parasitismo, especulación, pobreza, desempleo y subempleo) y “redistribuir” los “beneficios sociales” (renta, ingreso) entre la población. Pero esta “utopía” occidental no ha llegado a los segmentos pauperizados de las capas marginadas, las cuales, por el contrario, se extienden en todas las sociedades del mundo, incluyendo las de los países desarrollados.

Por eso resultan realmente inverosímiles aquellas teorías, autores, tesis, imágenes y emblemas mediáticos que, desde mediados de la década de los setenta del siglo pasado hasta hoy, vienen pregonando con “bombo y platillo” la supuesta pérdida de la centralidad del trabajo en las sociedades contemporáneas, hablando, en la mayoría de los casos, con circunloquios para evadir la esencia del problema que es la producción de valor y del plusvalor en las sociedades contemporáneas. Habermas (2005) con la tesis del desplazamiento de la ley del valor-trabajo de Marx por la comunicación y el trabajo inmaterial; Claus Offe (1992) con la pérdida de capacidad del trabajo asalariado en la “determinación macrosociológica” de la sociedad y la “necesidad” de la creación de una nueva teoría social; Rifkin (1996) con el planteamiento del “fin del trabajo”; Reich (1993) con la sustitución del mundo real del trabajo, por lo que él llama “analista simbólico” (o “sociedad del conocimiento”); Dominique Méda (1998) con su extinción paulatina del trabajo, y André Gorz (1982, 1998 y 1999) al sustituir al proletariado con una nueva “figura subversiva” que denomina la “no-clase de los neoproletarios posindustriales”, y que define como “una capa que vive del trabajo como una obligación exterior (...) la que llamo una ‘no-clase’ de ‘no-trabajadores’: su objetivo no es la apropiación sino la abolición del trabajo y del trabajador. Y por esto es portadora de futuro” (1982:75 y ss.).

Nadie había sido más explícito que el italiano Paolo Virno cuando sustituye el “tiempo de trabajo” por la ciencia, la información, la comunicación y el “saber” en general, como “verdaderos” dispositivos de las sociedades posindustriales contemporáneas: “La ciencia, la información, el saber en general, la comunicación lingüística se presentan como el ‘pilar central’ que sostiene la producción y la riqueza, *no ya el tiempo de trabajo*” (citado por Gorz, 1998:52), ¡mientras que el tiempo de trabajo, o sea, la jornada de trabajo, aumenta en Europa hasta 65 horas por semana! Y de un modo similar en el resto del mundo (OT, 2007).

El problema es que estos temas y autores nutren los contenidos, métodos y análisis de las ciencias sociales en las universidades, centros e institutos de investigación, mientras que las gerencias de las empresas los enuncian en sus manuales empresariales

en un nivel de generalidad ahistórica y sin comprobación empírica. Lo más grave es que la mayor parte de los autores del fin del trabajo sólo modifican la ecuación de un lado: en la pretendida pérdida de centralidad y/o extinción del trabajo asalariado y sus sujetos; en la abolición de las clases sociales y, en particular, de la clase obrera, pero no en sus antípodas: el capital social global con sus aparatos de Estado y de poder, sus instituciones y aparatos represivos, ideológicos y mediáticos.

Para estos autores, el capital logra estabilizarse sin sobresaltos agudos ni estrepitosos para neutralizar sus contradicciones estructurales e ingresar suavemente en la *new economy*, o sea, en el proceso de conversión, en Estados Unidos y otros países del capitalismo central, de una economía basada principalmente en la industria manufacturera tradicional a una “sociedad del conocimiento”, debido, en parte, a los “nuevos progresos” –derivados– de la tecnología y, en parte, de la “globalización” económica. En ese momento de supuesta estabilización económica que se configura en la década de los noventa del siglo pasado, algunos autores, como los mencionados ligados a la *new economy*, pensaron que ese cambio en la estructura económica y financiera había creado un estado de crecimiento permanente, de desempleo bajo y sin ciclos macroeconómicos de auge y depresión, “controlando” y “regulando” por las fuerzas del mercado que, de esta forma, doblegaron finalmente las contradicciones y crisis del capitalismo.

En las teorías del fin del trabajo, el lugar central –espacio-temporal– del trabajo es ocupado por el conocimiento, por la tecnología, la ciencia y por el trabajo inmaterial que, supuestamente, se vienen desarrollando en el seno de una nueva “sociedad posindustrial” y “poscapitalista” cualitativamente distante de la formación social del modo de producción capitalista que se fundamenta en el trabajo en tanto *Urphänomen* (fenómeno originario) de la formación del ser social humano (Lukács, 2004), en la explotación de la fuerza de trabajo y en su fetichización. Además de la incapacidad de distinguir con claridad la diferencia existente entre valor de cambio de la fuerza de trabajo (trabajo abstracto) y su valor de uso (trabajo concreto), la mayor parte de los autores del fin del trabajo confunden la dimensión ontológica del trabajo con su configuración empírica en tanto modo de empleo por el capital; es decir, en Trabajo en tanto fenómeno originario del empleo en cuanto ocupación del trabajador.

En efecto, al respecto hay que señalar esta importante tesis de Antunes sobre la pretendida pérdida de centralidad del trabajo que asumen los autores del fin del trabajo:

La superación de la sociedad del trabajo abstracto, en los términos que aquí estamos sugiriendo, requiere como condición el reconocimiento del papel central del trabajo asalariado, de la *clase-que-vive-del-trabajo* como sujeto *potencialmente* capaz, objetiva y subjetivamente, de *marchar más allá del capital*. Por lo tanto, se trata de una crisis

de la sociedad del trabajo abstracto cuya superación tiene en la clase trabajadora, aun fragmentada, heterogeneizada y complejizada, su polo central (2003:77).

Contra lo que suponen las tesis del fin del trabajo, la importancia del trabajo asalariado y de sus sujetos constituidos en *clase-que-vive-del-trabajo* aumenta día con día. Al respecto, Chris Harman (2003) muestra que en el año 2000 la clase obrera se integra por un *núcleo duro* de alrededor de 2 mil millones de personas, a la que hay que sumar otras 2 mil millones que están inmersas en la lógica de la reproducción y explotación del capital en las mismas condiciones que la primera. Es completamente lógico suponer que estas cifras se han incrementado en la actualidad, debido a la precarización e informalización de grandes segmentos de las otras clases sociales que se van incorporando irremediamente a las filas del proletariado en distintas industrias, sectores y ramas de la producción social capitalista. El tamaño total de la clase obrera es considerablemente mayor que estas cifras. La *clase-que-vive-del-trabajo* también incluye a los que dependen del ingreso que proviene del trabajo asalariado de los parientes o de los ahorros y pensiones que resultan del trabajo asalariado pasado; es decir, esposas no empleadas, niños y personas mayores retiradas. Si se agregan esas categorías, la cifra total de trabajadores a nivel mundial llega a estar entre mil 500 y 2 mil millones de personas. Y acertadamente concluye Harman que “cualquiera que crea que le hemos dicho ‘adiós’ a esta clase no está viviendo en el mundo real”.

Conclusión

En la sociedad contemporánea, el trabajo –fuerza de trabajo– que transforma la naturaleza al producir la riqueza es esencial para garantizar la reproducción de la sociedad. Las tesis del fin del trabajo confirman la profunda contradicción que opera en el sistema capitalista entre el valor de cambio y el valor de uso de la mercancía fuerza de trabajo que, al interactuar con los medios de producción en el proceso de trabajo, despliega tres movimientos interrelacionados: a) transfiere al producto final, a la mercancía, el valor de los medios de producción; b) reproduce su propio valor (expresado en el salario), y c) engendra un nuevo valor, o plus-trabajo, que representa el plusvalor que se apropia el capital. Y este movimiento envolvente es la esencia de la producción capitalista y de sus procesos de acumulación y de reproducción.

Si el sistema capitalista se aproxima a una “sociedad sin trabajo”, “sin trabajadores”, como afirman los teóricos del fin del trabajo, ello no hace más que confirmar la tesis del continuo desplazamiento del trabajo, del obrero, por la automatización de los procesos productivos, el desarrollo tecnológico y las políticas encaminadas a ahorrar “trabajo” para aumentar la tasa de ganancia. Pero, y he aquí el reverso de la medalla: si esto ocurre, y se acrecienta, entonces el sistema experimenta graves crisis como la

actual (2008-2013), y se precipita, como está ocurriendo, peligrosamente hacia un abismo del que difícilmente podrá salir.

Bibliografía

- ALVES, Giovanni (2007), *Dimensões da reestruturação produtiva. Ensaios de sociologia do trabalho*, Londrina, Paraná, Editora Praxis.
- ALVES, Giovanni (2011), *Trabalho e subjetividade. Ensaio sobre o espírito do toyotismo na era do capitalismo manipulatório*, São Paulo, Boitempo Editorial.
- ANTUNES, Ricardo (2003), *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- ANTUNES, Ricardo (2005), *Los sentidos del trabajo*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- DAL ROSSO, Sadi (2008), *Mais trabalho. A intensificação do trabalho na sociedade contemporânea*, São Paulo, Boitempo Editorial.
- ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT, “El futuro de la energía”, en *La Jornada*, México, 1 de julio de 2008.
- EL UNIVERSAL ON LINE (2008a), “Anuncia Siemens recorte masivo en planta laboral”, México, 8 de julio, <www.eluniversal.com.mx>.
- EL UNIVERSAL ON LINE (2008b), “Pierde EU 533 mil empleos en un mes; la mayor cifra en 34 años”, México, 5 de diciembre, <www.eluniversal.com.mx>.
- EL UNIVERSAL ON LINE (2008c), “Despedirá General Motors a 2 mil trabajadores en Estados Unidos y Canadá”, 5 de diciembre, <www.eluniversal.com.mx>.
- EL UNIVERSAL ON LINE (2008d), “Aumenta desempleo en Canadá a 6.3%”, 5 de diciembre, <www.eluniversal.com.mx>.
- EUROSTAT (2012), <<http://www.crea.es/economia.nsf/>>.
- FMI (2013), <<http://www.imf.org/external/spanish/pubs/ft/weo/2013/02/pdf/texts.pdf>>.
- FUKUYAMA, Francis (2004), *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona, Ediciones B.
- GIDDENS, Anthony (1999), *La tercera vía, la renovación de la socialdemocracia*, México, Taurus.
- GIDDENS, Anthony (2001), *La tercera vía y sus críticos*, México, Taurus.
- GORZ, André (1982), *Adiós al proletariado (Más allá del socialismo)*, Barcelona, El Viejo Topo.
- GORZ, André (1998), *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós.
- GORZ, André (1999), “Oficios del saber y del trabajo. Entrevista con Michel Zlotowski”, en *Clarín*, Buenos Aires, 21 de febrero, <<http://www.clarin.com>>.
- GORZ, André (2005), *O Imaterial*, São Paulo, Editora Annablume.
- HABERMAS, Jürgen (1990), *Para a reconstrução do materialismo histórico*, São Paulo, Brasiliense.

- HABERMAS, Jürgen (2005), *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*, México, Taurus, vol. II.
- HARMAN, Chris (2003), “Los trabajadores en el mundo (Parte I)”, en *Estrategia internacional*, 6 de diciembre, <<http://www.ft.org.ar>>.
- HARVEY, David (2003), *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
- HARVEY, David (2004), *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- LUKÁCS, György (2004), *Ontología del ser social: el Trabajo*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- HAYEK, Friedrich von (2005), *El camino de la servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial.
- MANDEL, Ernest (1972), *La formación del pensamiento económico de Marx. De 1843 a la redacción de El Capital: estudio genético*, México, Siglo XXI.
- MANDEL, Ernest (1986), *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, Madrid, Siglo XXI.
- MANDEL, J. Michael (1996), “The triumph of the new economy. A powerful pay off from globalization and the info Revolution”, en *BusinessWeek*, 30 de diciembre, <<http://www.businessweek.com>>.
- MARSHALL, Alfred (2005), *Principios de economía*, Madrid, Editorial Síntesis.
- MARX, Carlos (1980), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI.
- MARX, Carlos (2000), *El capital. Crítica de la Economía Política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MARINI, Ruy Mauro (1979), “El ciclo del capital en la economía dependiente”, en Úrsula OSWALD (coordinadora), *Mercado y dependencia*, México, Nueva Imagen.
- MARINI, Ruy Mauro (1996), “Proceso y tendencias de la globalización capitalista”, en Ruy Mauro MARINI y Mágina MILLÁN, *La Teoría Social Latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, México, Ediciones El Caballito, vol. IV.
- MÉDA, Dominique (1998), *El trabajo. Un valor en extinción*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- MÉSZÁROS, István (2001), *Más allá del capital, hacia una teoría de la transición*, Caracas, Vadell Hermanos Editores.
- OCDE (s/f), *Estadísticas*, <http://www.oecd-ilibrary.org/economics/harmonised-un-employment-rates_2074384x-table6>.
- OFFE, Claus (1992), “¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?”, en Claus OFFE y Carlos HINRICHS (coordinadores), *La sociedad del trabajo, problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza.
- OIT (2007), *Working time around the world. Trends in working hours, laws policies in a global comparative perspective*, New York, <http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/@publ/documents/publication/wcms_104895.pdf>.
- REICH, Robert (1993), *El trabajo de las naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.

- RIFKING, Jeremy (1996), *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós.
- SHUMPETER, Joseph (1971), *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Editorial Aguilar.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2007), *El mundo del trabajo en tensión. Flexibilidad laboral y fractura social en la década de 2000*, México, Plaza y Valdés/UNAM.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2009), *A reestruturação do mundo do trabalho. Superexploração e novos paradigmas de organização do trabalho*, Minas Gerais, Brasil, Editora da Universidade Federal de Uberlândia.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2010), *Crisis capitalista y desmedida del valor: un enfoque desde los Grundrisse*, México, Editorial Itaca/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- SOTELO VALENCIA, Adrián (2012), *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*, México, Miguel Ángel Porrúa/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Recibido: 27 de junio de 2013

Aceptado: 29 de noviembre de 2013